

# El cuento de la madeja de lana azul



La pequeña Mariló caminaba de la mano de su madre por el mercado de antigüedades de la ciudad. Por fin hacía frío y Mamá buscaba un viejo reloj de pared como el que había en su casa cuando era niña. Mariló llevaba en una mano su pequeño paraguas y con la otra agarraba con fuerza a Mamá con miedo a perderse en aquellos pasillos llenos de cachivaches.

Y es que a Mariló, el mercado de antigüedades le daba miedo, con todos aquellos extraños objetos viejos, cargados de polvo y de recuerdos:

1. Los relojes de cuco, con aquellos inquietantes pájaros que despertaban a cada hora.
2. Las muñecas de porcelana, con los ojos vidriosos y la tez tan fría como la de un muerto(o así

pensaba Mariló que debían tener los muertos la piel, ya que ver, no había visto jamás con ninguno).

3. Los cabeceros de la cama con figuras femeninas de peinados extraños-

4. Las mesillas con olor a madera seca y cajones donde nadie sabía lo que uno podía encontrar.

Pero de repente, algo entre todos aquellos puestos de antigüedades le llamó la atención. Se trataba de un tenderete lleno de vivos colores.

– ¿Qué es esto? – preguntó Mariló a una vieja muy arrugada que tejía con dos agujas enormes.

– Son bufandas, bufandas de colores. ¿No te parece que este mercadillo es muy gris?

Mariló afirmó mientras sentía como Mamá tiraba de su mano para alejarla de allí. La vieja arrugada siguió hablando con su voz suave

– ¿No quieres probarte una?

Mariló, entusiasmada comenzó a rebuscar entre aquellas estupendas bufandas de colores brillantes.

– ¡Esta!

– El azul también es mi color favorito – exclamó la vieja. – Pruébatela a ver cómo te queda...

Mariló se enrolló aquella bufanda azul alrededor de su cuello y entonces sintió un leve mareo. Cerró los ojos intentando no caerse y cuando los abrió, la plaza donde estaba instalado el mercado de antigüedades estaba totalmente vacía.

– ¿Dónde está Mamá? ¿Y la señora de las bufandas? ¿Dónde está todo el mundo?

Mariló corrió asustada y tomó la primera calle que encontró. ¿Era su imaginación o aquellas casas parecían monstruos con enormes puertas-bocas que querían devorarla? Alzó su paraguas como si se tratara de una espada e intentó protegerse de aquellas casas-monstruo.

– Atrás, atrás, no os acerquéis, dejadme en paz.

Pero las puertas-bocas de aquellas casas se fueron haciendo más y más grandes, hasta que un portazo-mordisco la metió dentro de una de esas casas.

